

Frente libertario

Madrid,
2 de diciembre
de 1937

Número 338

editado por el comité de defensa confederal = región centro

VELAS Y ACEROS

La Marina de Guerra y la Marina Mercante españolas, cumplen hasta el fin, sin una duda y sin una vacilación, la difícil y arriesgada misión que la guerra les impone y que el pueblo les ha confiado

Es preciso que en estos momentos, en que desde las columnas de FRENTE LIBERTARIO intentamos repasar los heroísmos y las proezas de que ha sido capaz el pueblo español en su lucha contra el fascismo cedamos puesto principal y quizás preeminente a la labor que nuestros hombres de mar han venido realizando desde el comienzo mismo de las hostilidades. Poco se ha hablado de ellos; alguna que otra vez han saltado la actualidad ágil de los diarios los marinos de guerra al haberse distinguido en un combate, en un bombardeo, en la protección de un convoy...; también a veces se ha ocupado la Prensa de las actuaciones de nuestros marinos mercantes; pero de éstos, casi todas las noticias han sido de que a la hora equis, a la altura de determinada costa, ha sido bombardeado o torpedeado, o hundido, un buque mercante; casi todas las noticias de nuestros marinos civiles han coincidido con algún luctuoso suceso para ellos; es natural; la obligada discreción militar obligaba a callar los arribos felices, después de vencer innúmeras dificultades y burlar tenaces vigilancias.

Pero no por esto debe caer en olvido la gesta de nuestros hombres de mar; ellos han sabido superar el más difícil de los heroísmos, el heroísmo incógnito y desconocido, el heroísmo que casi no admite la publicidad y que parece incompatible hasta con la alabanza; por eso, precisamente por eso, porque en muy pocas ocasiones puede hacerse destacar — particularizando — la magnífica actuación de los marinos de la España leal, es por lo que queremos dedicarle el homenaje de nuestra admiración y nuestro recuerdo fervoroso, porque muchas veces, la gran mayoría de las veces, pasa desapercibida para los hombres de tierra adentro la gigantesca labor, la heroica labor, de todos los hermanos que recorren las rutas del Mediterráneo, que han recorrido las rutas del Cantábrico, es por lo que queremos y debemos hacer resaltar su gesta.

Calladamente, sintiendo

hondamente la guerra y la Revolución hasta el punto de lanzarse en sus buques a un mar que saben cuajado de peligro y de traiciones, amanecen un día y otro lejos de toda costa, buscando su rumbo los

mercantes, buscando a su enemigo los de guerra. Y unos y otros prestan a la causa popular su valioso concurso, sin una duda, sin una vacilación, con el gran estilo de los verdaderos abnegados, de los en-

teramente ofrecidos a la causa del pueblo.

Ellos no lo piden, no lo han pedido jamás; quizás ni siquiera desean que su heroísmo y la trascendencia de su colaboración sean puestas de

manifiesto de una manera abierta y pública; pero el pueblo no regatea jamás la alabanza a quien se la merece verdaderamente, y entre éstos se encuentran los hermanos marinos.

Cuando en el mañana esplendoroso de la victoria y de la paz se dé a cada cual según sus merecimientos; cuando, por encima de las emociones, de los dolores de la hora presente, vuelva el pueblo español a recontar cuidadosamente las gestas de sus hombres, los heroísmos de sus hijos, los marinos españoles ocuparán el destacado lugar que por sus merecimientos les corresponde. Y en aquella hora solemne y emocionada, los hombres del pueblo, los hombres de tierra adentro, ceñirán sobre las frentes de los marinos españoles el simbólico laurel que corresponde a quienes todo lo han sabido sacrificar en aras de la victoria.

Entre tanto, a los hombres que en sus puestos de maniobra o en sus puestos de combate arrostran el dolor y la muerte, el homenaje encendido y la admiración sincera de todos los proletarios españoles.

EL JUEVES POR LA NOCHE
SERA RADIADA...

LA HORA
DE DURRUTI

La Comisión de Propaganda Confederal y Anarquista dedicará el próximo jueves, a las diez y cuarto de la noche, una emisión especial a Buenaventura Durruti desde el micrófono de Unión Radio, cedido por el Comité de la estación para este fin.

En esta emisión especial, que constituirá un grandioso homenaje oral al héroe que dió su vida en defensa de Madrid, tomarán parte los siguientes compañeros:

JOSE ALTED, por la Comisión de Propaganda.

ANTONIO AGRAZ, que recitará algunos de sus romances.

JOSE GARCIA PRADAS, director de "C N T".

¡ANTIFASCISTAS!
ESCUCHAD TODOS EL JUEVES, DE DIEZ Y CUARTO A ONCE Y CUARTO DE LA NOCHE, LA

"HORA DE DURRUTI"



DEL MEDITERRANEO AL PACIFICO

En la atmósfera política de las cancillerías internacionales soplan vientos de huracán. La actividad febril en las industrias de guerra anuncia presagios de dolor para la Humanidad.

El Mediterráneo, en sus aguas quietas y azuladas teñidas de sangre por los abnegados marinos de la España proletaria, va siendo el punto neurálgico de la tempestad en puertas. Fuertes corrientes subterráneas agitan las aguas, no solamente del Mediterráneo, sino que llegan a alcanzar todos los mares. Dos imperialismos compiten en el predominio de los mares: una base el Mediterráneo, otra el Pacífico.

Alemania, corriendo tras sus colonias perdidas en el cataclismo de la guerra europea, en complicidad con Mussolini y el prusianismo español, sienta sus reales apetencias de dominio imperialista en el mar Mediterráneo. Mueve a la par sus intereses económicos hacia las costas del Pacífico, camino de los grandes mercados de las potencias americanas y de Inglaterra. Este mueve su red de diplomáticos con el avieso propósito de preparar su intervención para contrarrestar el predominio de sus enemigos comerciales. Son intereses económicos, son mercados los que prolongan la intervención extranjera en nuestro suelo. Muchas conferencias, muchos viajes de un confín al otro del mundo; todo para terminar en un cataclismo, para afianzar dos imperialismos en lucha.

Claramente se ve que lo que interesa a las naciones democráticas es mermar el predominio de la auténtica clase productora en la dirección del Estado. Este punto deben estudiarlo y analizarlo profundamente todos los que en las filas revolucionarias ponen al servicio de la causa obrera cuanto pueden y valen. La burguesía tiene miedo al desbordamiento de las masas productoras; quiere mantener a todo trance la dirección de la guerra que se avecina. Es deber de todo proletario conquistar posiciones políticas y sociales para desbaratar ese siniestro plan.

Lanzados a la guerra por intereses de estos imperialismos en pugna, debemos los obreros asumir la dirección de la guerra. Si llevados a la guerra por el capitalismo hubiéramos de enfrentarnos con otros pueblos hermanos, debemos hacerlo en nombre de nuestra propia causa, destruyendo las posibilidades de un robustecimiento de la fortaleza capitalista. No debe cegarnos el odio hacia otros hermanos; sólo mercenarios a sueldo del capitalismo podrán enfrentarse contra la clase obrera consciente, y esa guerra inevitable deben convertirla los obreros en la guerra social. Hay que terminar con esa zozobra que de siglos en siglos se cierne sobre la cabeza del productor. Se nos obligará a coger las armas; cojámoslas, pero para defender nuestros intereses frente a esos imperialismos en pie. Que cada uno sepa cumplir con su deber, y todos unidos, los obreros seremos invencibles. Estamos en vigilia de hacer rendir el alma a los que siempre han especulado con nuestro sudor y se han alimentado de nuestra sangre.

Obreros del mundo: el deber os llama a la solidaridad hacia España. Escuchad nuestras palabras y haced lo posible para, cuando llegue ese cataclismo, enfrentaros contra el enemigo común. Las armas en la mano sepamos defender lo que es nuestro, como son los centros de producción. Hora es de que los Sindicatos asuman esta responsabilidad de dirigir la economía y también de dirigir la guerra, que, pese a todas las sirenas de paz, a paso de carga se nos echa encima. Lo quiere el destino del sistema capitalista y lo exigen los imperialismos en pugna.

Sobre las ruinas del foro

Un joven escritor chileno que ostenta, al parecer, con orgullo dos apellidos genuinamente españoles, el laureado autor de "El hombre en la montaña", Garrido Merino, acaba de ser festejado en Roma con ocasión, algo retardada, de haberle sido adjudicado por el capitosté del fascismo, a la obra antedicha, el premio de la ciudad correspondiente al año 1933.

Por tal motivo, el literato hispanoamericano se ha creído en el deber de ir a pronunciar a Italia una de esas conferencias de agradecimiento que inició el año pasado Ernesto Jiménez Caballero, doméstico fascista, premiado también por Mussolini en reconocimiento de sus grandes dotes de betunero ilustrado.

Para elogiar a quienes lo han marcado con el hierro del vasallaje ha hecho uso de la lengua castellana el escritor chileno, y en su brindada peroración ha vuelto a emplear el tópico, ya muy manoseado, de la latinidad de la América española. Se ha remontado a unos orígenes que han sido borrados de las fuentes ibéricas, afortunadamente, a través de las múltiples invasiones extranjeras.

Nosotros hoy venimos a negar de una manera rotunda que quienes pisaron por primeros las playas codiciadas del Nuevo Continente, imprimieran a sus fueros de descu-

bridores ni la más remota idea de un derecho de gentes a la manera romana.

Ni Colón, que si verdaderamente hay que suponerlo italiano, debió ser uno de los tantos hijos de aquella tierra que no quieren ni oír hablar de ella, pudo, dada la odisea que venía sufriendo de expatriado, llevar en su orgullo de descubridor la idea de una patria que fué dueña del mundo antiguo, a las nuevas tierras. Ni los mismos Reyes Católicos y sus dominantes sucesores, que sellaron las tan famosas leyes de Indias, redactadas por letrados que llevaban bien impresas las humanidades de Salamanca y de Alcalá, podían ser intérpretes directos de aquel derecho austero, rígido y avasallador que Roma había impuesto al mundo antiguo con el filo de sus espadas.

Habían pasado muchas gentes de diversos orígenes y naturalezas por el territorio nacional para que aún perdurara la influencia de una metrópoli que no llegó a administrar el país totalmente más allá de tres siglos. ¿Qué supone todo esto frente a los otros tres de denominación germánica, a los siete de predominio árabe y, sobre todo, a los incontables centenares de años que los israelitas estuvieron permeando nuestro pueblo con su ciencia, sus leyes, que pretenden tener un ori-

gen divino, y sus arraigados sentimientos de proselitismo universalista? ¿Acaso la misma Iglesia Católica se habría extendido tanto por el mundo si no hubiera sido desde sus comienzos propagada por la raza más fuertemente idealista y difusora del mundo? ¿Qué hubieran podido hacer los aborígenes del Lacio, rudos y de mentalidad verdaderamente roma, sin el concurso de los otros pueblos del Mediterráneo que le dieron brillo con su potente originalidad?

El Imperio de los Césares desapareció a su tiempo, sin dejar más huellas por el mundo que unas cuantas obras traducidas o imitadas del griego, la forma curva en arquitectura y un hinchado estilo de querer deslumbrar al mundo con sus vicios y su esplendor económico. Igual que los nuevos ricos de todas las épocas.

Pero los españoles supieron llevar a América, a más del énfasis y de la crueldad latinos, algo humanísimo y sentimental que no estaba precisamente grabado en la cruz exhibida por los frailes para convertir a los indios torturados, sino que era esencia pura de aquel pueblo ávido de nuevos horizontes y gran soñador que había heredado de las razas semíticas una pasión ferviente por la aventura y el relato extraordinario.

Y fundió su sangre generosa con la de las razas sometidas, dando origen a muchos pueblos jóvenes que hoy pretenden reconocer en sus pergaminos los escritores a sueldo de la que por puro egoísmo quiere servirlos ahora de ilustre abuela.

Roma desdeñaba siempre—como la Inglaterra moderna y como los fascistas italianos, que siguen dictando leyes para castigar a los soldados de las resucitadas legiones que entren en contacto carnal con las abisinias—fundirse racialmente con los pueblos que consideraban inferiores.

Y esta sola función natural y eterna ha sabido cumplirla España, pueblo eminentemente colonizador, que olvidó las Pandectas y a Justiniano cuando solía arrullar a la india complaciente con palabras que tenían sonoridades de guzla y ecos de surtidor. Y esto es lo que ha olvidado el poeta andino ante la cortesía rendida a los zafios, rudos y malolientes fascistas italianos, hijos putativos de la loba y del caballo de Calígula.

LA RECETA

Pueblo: no se te ha pedido esta vez que seas burro de carga. Se te reconocen los sacrificios, la dosis de buena disposición de que te has provisto para hacer frente a todas las contingencias. Se tiene muy particularmente en cuenta también tu denodado heroísmo y no fallarán poetas—ya que los políticos viven en una angustiosa zozobra por tu porvenir—que puedan seguir cantando bellamente a esta contribución de sangre que con tanta espontaneidad has ofrecido.

Mas no paran aquí tus sagradas obligaciones para contigo mismo. Se te viene diciendo en todos los tonos, y tú a veces finges no oírlo. Quizá porque desde el comienzo de la tragedia que hoy sigue amenazando con redoblado ahínco tu sosiego, no se te hizo ver en toda su extensión el mal que en ti había fijado sus poderosas garras. Y suplicas, sigues suponiendo tal vez ahora mismo, que van a venir a curarte

Pilares de la victoria

LA HUERTA

¡Paz! ¡Paz! cantan las hojas de tus árboles.

¡Paz! ¡Paz! susurran las aguas que sobre ti derraman los regadíos.

¡Paz! ¡Paz! cacarean tus blancas gallinas.

Y hasta los más pequeños animales que viven en tu suelo, hasta las más chiquitas plantas que en ti nacen, hasta el aire que te envuelve y acaricia, cantan la canción suave de paz y de hermandad.

Y, sin embargo, la guerra ruge en lejanía y hasta ti llega el fulgor siniestro de los incendios que provocaron las granadas y la pólvora.

Es que unos hombres malos quisieron dominar, esclavizar a aquellos otros que años y años han venido acariciando con sus manos ásperas tus terrones oscuros y feraces. Es que hay hombres que no quisieron comprender la canción dulce de paz y concordia que tú sabes cantar tan deliciosamente.

Por eso tú, hoy, cuando sientes en tus entrañas atemorizadas la caída del grano y el germinar de las simientes, las acoges y las rodeas más amorosa que nunca para que se hagan frutos sanos y abundantes, sustento de aquellos hombres que quieren devolvarte la paz que tú tanto anhelas.

No te preocupes. La paz volverá más lozana y radiante que nunca, porque volverá con la libertad y con el trabajo redimido de la esclavitud.

Para eso tus hijos mejores están dispuestos a sacrificar todos sus amores, a ofrecer todos sus dolores, a inmolarse todos sus heroísmos. La paz volverá para ti y para todos los trabajadores de España, porque así lo impone, así lo exige la sangre derramada por los mejores de sus hijos.

Y entonces, tranquila y serena para siempre, augusta en tu sencillez conmovedora, podrás cantar eternamente tus églogas de paz. Que irán además acompañadas de los cantos de libertad que entonen tus hijos predilectos.

Solidaridad Internacional Antifascista (S. I. A.)

Prepara un gran acto- homenaje popular a las heroicas fuerzas de fortificaciones.

de fuera, que se va a realizar el milagro, esa cosa imprevista y potestativa de los seres superiores en la que tú, sin quererlo, continúas creyendo, y a veces te echas a dormir esperando la hora en que todo cambie, sin nuevos trastornos.

Así ha venido a sacarte con razones sobradamente pensadas, de esa especie de sopor que la larga tensión nerviosa te produce por momentos, un especialista de dolores físicos y de choques morales que ensaya sobre tu cuerpo, receptor de experiencias, esta nueva cura de decirte francamente que eres tú, y quizá tú solo—porque ni él, ni sus activos colaboradores se nombran para nada en el doctísimo certificado—el paciente beneficiario de esos males que te has atraído por tu soberana voluntad.

Nosotros tenemos, como españoles sufridos y pendientes de la otra vida, una larga experiencia de masoquismo místico que ha dado origen a toda esa brillante letanía de santos, de mártires y de misioneros; pero difícilmente habremos podido alcanzar en el correr de nuestra ejemplar historia, y dudamos que esto se repita alguna otra vez en el tiempo, la palma del martirio tan elegantemente sustraída al correr de una aludición que pudiéramos calificar también de histórica, como lo ha sido en pocos minutos.

Indudablemente hemos de reconocer

LA ALDEA

Casas modestas, casas del color de tierra en que os levantáis, pilares desiguales sobre los que se levantan los modestos hogares de trabajo y de esfuerzo cotidiano, que habéis sentido como nadie de cerca la dureza y la crueldad de la guerra; para que la paz vuelva a vuestras calles en zig-zag, para que se aleje de vuestros horizontes—para siempre—el fantasma tétrico de la guerra con sus explosiones y su sangre perdida para que nunca más vuelvan a estremecerse vuestros muros débiles al sentir el zarpazo doloroso y brutal de la metralla, es por lo que vuestros hijos han dejado los instrumentos de trabajo y han cogido entre sus manos encallecidas por la labor de cada día las máquinas y los instrumentos con los que se gana la guerra.

Pero vuestros hijos llevaban consigo algo más que las armas; éstas son indispensables para asegurar el porvenir de libertad y de paz a todos los trabajadores de España, para garantizarles la victoria a que les dan derecho sus sacrificios y la sangre que han derramado. Pero, todo eso no es bastante para conquistar la victoria. Para lograrla limpia y exacta es preciso tener también la voluntad firme de vencer, quererla ardientemente, apasionadamente, y poner en contribución todas las fibras heroicas y tenaces. Y eso es, aldea, lo que han llevado tus hijos a la guerra. Con esas armas, que sólo pueden encontrarse bien templadas en las almas del pueblo, es como la Victoria sonríe siempre. Inexorablemente, por encima de todos los momentos difíciles, pasará inflexible y segura la victoria de los hombres que combaten con tales armas.

En este aniversario solemne de los primeros combates, cuando hace un año que el pueblo español mantiene la lucha contra los que han pretendido dominarlo y hacer que continuase sometido a la tiranía y a la opresión como lo ha estado en los años pretéritos, todos tus hijos, aldea, renuevan las solemnes promesas tácitas que entonces hicieron. Y hasta en tus piedras, que llevan en sus caras el paso de los años, se ve la firme decisión de vencer y de asegurar la paz a todos los humildes de la tierra.

Aldea. Estampa de pueblo con alma de pueblo. Tú has sufrido como nadie los horrores de la guerra, y tus casas humildes han notado en sus propios muros, que son de carne de piedra, las brutales sacudidas de la metralla. Pero también para ti llegarán, junto con la victoria, las églogas de la paz y del trabajo por las que luchan tus hijos mejores.

que cuando las intenciones con que se nos descubren nuestros defectos son sanas, y la finalidad no es otra que la de apartarnos de un peligro inminente de muerte prematura, nuestro doctor, a más de pagado, debe ser bendecido, no sólo por nosotros, verdaderos interesados en reponernos lo antes posible, sino por toda la familia que ha de beneficiarse de nuestra sorprendente mejoría.

Y ahí quedó la receta, llena de considerandos, de medidas preventivas, de serios consejos, y puesto al pie, muy legible, la firma ilustre, exenta de contaminaciones.

La has de seguir al pie de la letra, pueblo hermano, has de tragar la medicina por amarga que te parezca, si verdaderamente deseas encontrar esa sanidad de cuerpo y de espíritu que la vida nueva te promete. Los buenos doctores, los sabios, tienen siempre razón, aunque sus palabras no sean muy amables.

Tú, pueblo, te has de despojar ahora de resabios perniciosos; y

sigue los buenos consejos y sálvate. Tu existencia es lo único que interesa, porque de tu cuerpo sano y vigoroso volverán a salir nuevas generaciones de cerebros profilácticos, de apóstoles, de profetas, que seguirán criticando tus errores para que no te desvíes del camino de la perfección.